

Dr. LUIS SANZ BURATA, Pbro.

UNOS SANTOS A TU EDAD

UNOS SANTOS A TU EDAD

Selección biográfica de Niños y Jóvenes Santos

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con Licencia Eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-242-9

Depósito legal: M. 1.261-2008

Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRESENTACION

A vosotros jóvenes y niños, va dedicado principalmente este libro. Muchas veces se os habrá ocurrido quizá que esto de ser santo no es cosa para vuestra edad y para vuestros pocos años. Si tal pensasteis alguna vez, os habíais equivocado.

Es cierto que la mayor parte de Santos que hay en el Calendario que hojeáis o leéis son de edad ya madura y mucho mayores que vosotros. Santos fundadores de Ordenes religiosas, Santos confesores, Santos mártires, Santas vírgenes... todos los que ejercitaron sus virtudes en grado heroico, y como tales los ha reconocido la Santa Madre Iglesia Católica. Es natural, en cierto modo, que sean los árboles viejos los que han dado mayores cantidades de gustosos frutos y mayores años de cosecha.

Mas, como el firmamento tachonado de luminosas constelaciones de Santos de nuestra Santa Madre la Iglesia hay astros de toda clase y condición, así también los había de haber en edad muy temprana, como capullos en flor, prestos a abrirse al suave beso del Sol de toda santidad, Cristo Jesús. Y, a Dios gracias, no han faltado nunca estos frutos tempraneros.

Espigando, pues, entre algunos de éstos te ofrezco este fragante y enternecedor ramillete. Sé tú como ellos.

EL AUTOR

I

El santito de chaqueta y pantalón

(SANTO DOMINGO SAVIO)

—¿Me lleva con usted a Turín a estudiar?

—Ya veremos. Me parece que bueno es el paño.

—¿Y para qué podrá servir el paño?

—Para hacer un lindo traje y regalárselo al Señor.

—Pues bien; yo soy el paño. Usted será el sastre. Lléveme, pues, con usted, y hará de mí el traje que desea para el Señor.

—Mucho me temo que tu debilidad no te permita continuar los estudios...

—No tema usted. El Señor, que hasta ahora me ha dado salud y gracia, también me ayudará en adelante.

—¿Y qué piensas hacer cuando hayas terminado las clases de latinidad?

—Si me concediera el Señor tanto favor, desearía ardientemente abrazar el estado eclesiástico. El regalo que le pido, es que me ayude a SER SANTO. Quiero entregarme enteramente al Señor para siempre. Siento un vivo deseo de santificarme. Dios quiere que sea santo, y tal ha de ser.»

He aquí, reproducida en su candorosa integridad, la primera entrevista que un niño de 12 años, llamado DOMINGO SAVIO, hijo de un modesto herrero de Riva de Chieri (Piamonte, en Italia), tenía con el gran apóstol de la juventud San Juan Bosco. El mismo educador, en la preciosa Vida que nos dejó de ese «santito de chaqueta y pantalón», nos la refiere en el capítulo séptimo de la misma.

En esa Vida de Domingo Savio, consigna un poco ruborizado estas textuales palabras San Juan Bosco: «Si notáis que alguna vez hablo de mí mismo con cierta complacencia, atribuidlo al gran afecto que tenía a vuestro compañero, y porque habiendo vivido cerca de tres años en esta casa (a saber, el Oratorio de Turín) me veo muchas veces en la necesidad de escribir hechos en los cuales he tomado parte. Y si alguno de vosotros me pregunta por qué he escrito la vida de Domingo Savio, y no la de otros jóvenes que vivieron entre vosotros con fama de modelos de virtud (tales como Fazio, Rúa, Gavio, Massaglia y otros) he aquí la razón: *las acciones de éstos no fueron tan notables como las de Savio*, cuyo tenor de vida era en verdad maravilloso». ¡Expresivo y valioso testimonio de un Santo acerca de otro Santo! ¡Divino jardinero el que quiso cortar esta tierna flor en capullo, apenas abierta, que brotó del jardín salesiano, de un *Oratorio festivo*, al calor tibio del fervor y solícito cuidado paternal de un gran pedagogo!

Sus padres eran Carlos Savio y Brígida Gaiato, un herrero y una costurera, modelos ambos de vida cristiana y honrados vecinos de Castelnuovo de Asti, a diez millas de Turín, los cuales hallándose en gran necesidad tuvieron que ir a *Riva de Chieri* para hallar trabajo. Concedióles allí Dios Nuestro Señor este rico fruto de bendición, al que bautizaron el mismo día de su nacimiento con el nombre de DOMINGO, como si proféticamente hubieran querido consagrarlo *al Señor*, como indica su mismo nombre.

Nuevos apuros económicos les obligaron también a cambiar de población, yéndose para Murialdo, arrabal de Castelnuovo, cuando Domingo sólo tenía cinco años.

Estaba dotado de inteligencia viva y despierta, memoria feliz, firme voluntad, cualidades de las que usó para santificarse; y en esto radica su mérito.

A los cinco años ya sabía leer, y aprendió a ayudar a Misa. Muchas veces, aun en invierno, llegaba a la iglesia antes que el sacristán y el Cura, y hasta con nieve esperaba en sus gradas; en una ocasión allí lo encontró el señor Cura, arrodillado

y cubierto de nieve. Y como le reprendiera, el dulce niño le contestó con una amable sonrisa. Por cierto que, siendo tan pequeño, le costaba pasar de un lado al otro el misal; por lo cual el celebrante se lo acercaba al borde del altar, ya que a todo trance quería él pasarlo.



Tan precoz era su inteligencia que el Párroco lo admitió a la Primera Comunión a los siete años, cuando entonces lo usual era hacia los doce.

Merecen recordarse los propósitos que entonces hizo, pues son la clave de su futura santidad: «*Primero*: me confesaré con frecuencia y comulgaré todas las veces que me lo permita el confesor. *Segundo*: quiero santificar los días de fiesta. *Terce-ro*: mis amigos serán Jesús y María. *Cuarto*: antes morir que pecar».

¡Antes morir que pecar! Con este propósito, metido hondamente en su corazón, Domingo Savio avanza como un abanderado, invitando a seguirle en pos a todas las juventudes del mundo.

¿NO TIENES MIEDO DE IR SOLO?

Terminadas las clases elementales en la escuela de Murialdo, Domingo quería continuar sus estudios. Pero la aldea no daba para más cultura. «Si yo tuviera alas como un pajarillo

—decía Domingo— quisiera volar mañana y tarde a Castelnuevo para seguir mis estudios.»

Alas no; pero once kilómetros sí que tendría que caminar a los diez años para ir y volver *dos veces al día* de la Escuela Municipal de la próxima villa de Castelnuevo, unas veces con



cierzo molestísimo y frío, otras veces con un sol abrasador, otras con lluvia torrencial y otras entre nubes de polvo.

Un día, una persona compasiva, viendo a Domingo irse a las dos de la tarde, bajo los ardores de un sol achicharrante, le dijo:

—Amiguito, ¿no tienes miedo de ir solo por el camino?

—No voy solo, señor. Mi Ángel custodio me acompaña.

—Pues ha de ser pesado el viaje con tanto calor.

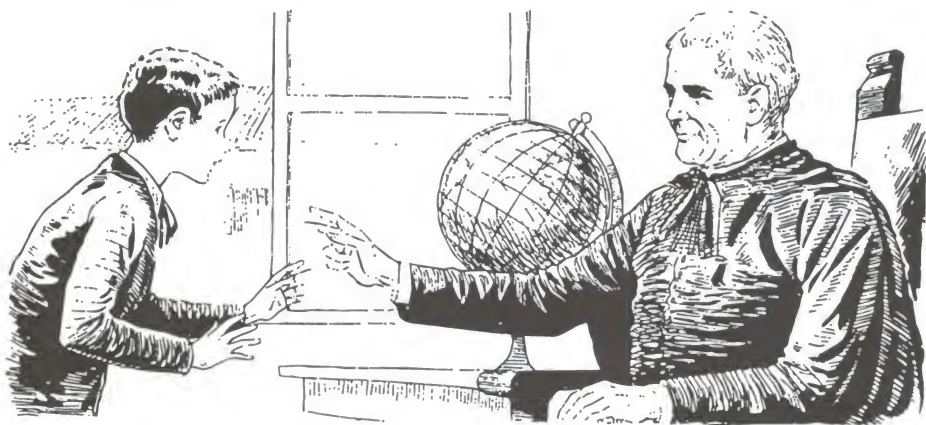
—Nada es pesado, cuando se hace por un Amo que sabe pagar bien.

—¿Y quién es ese amo tan generoso?

—Dios Nuestro Señor, que paga hasta un vaso de agua que se dé por amor suyo.

Pero, efectivamente, la fatiga era excesiva, y su salud se resintió; por lo cual, su familia se trasladó a otro pueblo, donde su hijo pudiera seguir los estudios con menor esfuerzo y sin esas caminatas.

Aquí dio, afortunadamente, con un *buen maestro*. Era un sacerdote, llamado José Cugliero, amigo personal de San Juan Bosco, el cual le dio a Domingo clase por algún tiempo y luego fue quien le aconsejó al buen Carlos que le confiara su hijo al Santo. Entonces tuvo lugar el hermoso diálogo entre Domingo y San Juan Bosco, que hemos puesto al principio de esta Vida.



La fina y certera intuición de aquel gran apóstol descubrió al punto la rica perla escondida en aquel chico, paliducho y pobremente vestido, de doce años. Una página entera, aprendida de memoria en seguida, le demostró al Santo el notable talento de aquel muchacho; y también *su resuelta voluntad de ser sacerdote y santo* le proporcionaron uno de los mayores y más íntimos consuelos de su vida.

Como pez en el agua, Domingo se tiró a fondo al estudio de aquellos enrevesados latines con la ilusión de llegar pronto a la meta de sus ensueños: *ser sacerdote*. Y como quien empieza ya a presentir su futuro ministerio de cura de almas, no perdía ocasión para poner en práctica sus iniciativas apostólicas. Así, formó como una Sociedad para darse a la conversión de los más

revoltosos y rebeldes. Si tenía dulces o frutas, crucecitas, medallas, estampas o cosas semejantes, las guardaba para aquellos que le respondían mejor a una pregunta de la Doctrina cristia-



na. A otros los conquistaba con diversos recursos de su celo apostólico: los invitaba a pasear con él, o les hacía conversar o bien jugaba con ellos hasta que le prometían confesarse y mejorar de conducta. Sus amigos eran siempre *los mejores* en todo, y huía de aquellos que no pudieran ayudarle a ser mejor, como no fuera para conquistarles para su Jesús.

«QUE ME AYUDE A SER SANTO»

Todos los niños tienen ya desde pequeños alguna inclinación o especial afición, que bien orientada, puede hacerles en su día ocupar el puesto que Dios quiere y que la sociedad necesita. Así tienen su ilusión en diversos juguetes: unos en los soldados de plomo, otros en herramientas, otros en construc-

ciones, otros en trenes, otros en altarcitos. Domingo también jugaba... *para santo*. ¡Y en verdad que en pocos años avanzó mucho en su carrera! La piedad, la mortificación y la práctica de las más excelsas virtudes eran su preocupación diaria.

Un día San Juan Bosco quiso obsequiarle con algo que fuese de su agrado; pero dejó que hiciese él mismo la elección del regalo. «El regalo que le pido —interrumpió Domingo— es *que me ayude a ser Santo*. Quiero entregarme enteramente al Señor y para siempre.»

En otra ocasión en que el Director quería dar una muestra de especial afecto a los niños de la casa, les invitó a que le pudiesen en un papelito lo que más ilusión les hacía para ver de dárselo. Unos y otros pedían las cosas más raras y extravagantes. Domingo, en cambio, tomando un papel, escribió estas palabras: «Pido que salve mi alma y me santifique».

Otro día, San Juan Bosco les explicaba el significado y origen de algunas palabras. Preguntóle él al Santo:

—¿Qué significa el nombre de *Domingo*?

—Domingo —repuso San Juan Bosco— quiere decir en latín: «del Señor».

—Vea usted —añadió luego— si tengo razón en pedirle que me santifique; *hasta el nombre dice que yo soy del Señor*; luego yo debo y quiero ser santo, y no seré feliz mientras no llegue a serlo.

HORROR A LA BLASFEMIA

¡Cuánto le disgustaba tener que oír alguna blasfemia! Una vez, al volver del Colegio, oyó a un hombre, ya entrado en años, decir una terrible blasfemia contra Dios. Domingo se estremeció de pavor, todo asustado; y en su interior, para desagrarar al Señor, repitió unas cuantas alabanzas a Dios. Luego, acercándose con todo respeto al blasfemo, le dijo:

—Oiga, buen hombre, ¿sabe usted dónde está el Oratorio de San Francisco de Sales?

—Niño, siento mucho no saberlo.

—Pues ya que no sabe esto, ¿no podría hacerme usted otro favor?

—¿Cómo no? ¡De mil amores!

Domingo acercósele cuanto pudo al oído; y bajito (para que otros no lo oyeran) le dijo:

—Usted puede hacerme un grandísimo favor; y es que cuando se enfade no vuelva a blasfemar el santo nombre de Dios.

—¡Bueno, niño! Tienes mucha razón: es un vicio maldito que debo y quiero vencer a toda costa.

Otro día, en una acalorada disputa entre dos chicos, uno de ellos acertó a pronunciar irrespetuosamente el santo nombre de Dios. Al oírlo Domingo, sintió indignación; pero, con ánimo sereno se puso de por medio para sosegarlos. Luego dijo



al que había pronunciado el santo nombre de Dios: «Ven conmigo, y no te pesará». Tomóle de la mano, llevóle a la iglesia ante el altar e hízole arrodillarse a su lado, diciéndole: «Pide perdón a Dios de la ofensa que le has hecho nombrándole en vano». Y como el chico no supiese decir el acto de contrición, lo rezó juntamente con él, y luego añadió:

—Di conmigo estas palabras para reparar la injuria que has hecho a Jesucristo: «¡Alabado sea Jesucristo, y que su santo y adorable Nombre sea siempre bendito y alabado!»

Cuando se iba para vacaciones, no por esto dejaba de ser allí apóstol de los demás. En seguida le rodeaban otros chicos

de su edad, a los que enseñaba a rezar, a hacer bien la señal de la Cruz. Y distribuyéndoles entonces sus regalillos, les invitaba a estar atentos a sus preguntas sobre el Catecismo o sobre sus propios deberes; y así, con tan buenas mañas, conseguía llevar a muchos al Catecismo, al Rosario, y a otras prácticas piadosas.

«PODÉIS CAER EN EL INFIERNO»

Cierto día, un niño llevó al grupo de Domingo una revista ilustrada con figuras indecentes e irreligiosas, que algunos empezaron a mirar con curiosidad, y entre ellos estaba Domingo sin saber de qué se trataba. Pero cuando vio más de cerca el papel, quedó primero sorprendido, y luego tranquilamente lo



tomó y lo hizo pedazos. Sus compañeros se miraron unos a otros, sin decir palabra. Domingo, entonces, les habló así:

—¡Desdichados! Dios nos ha dado los ojos para contemplar la hermosura de las cosas creadas, y vosotros os servís de ellos para mirar las obscenidades que nos ofrecen algunos malvados para perder nuestras almas. ¿No os avergonzáis de mirar tales cosas?

—Nosotros —replicó uno de ellos— las mirábamos solamente para reírnos.

—Sí, sí ; y así, riendo podéis caer en el infierno.

También en la modestia era verdaderamente ejemplar. Nunca volvía la cabeza de un lado para otro, cómo acostumbran hacerlo ciertos niños ; ni fijaba la mirada en el rostro de mujeres. Pasó algunas veces cerca de espectáculos públicos, que sus compañeros contemplaban curiosamente ; pero él no los miraba. Por lo cual, en cierta ocasión, le riñó un compañero, diciéndole :

—¿Pues para qué tienes ojos, si no te sirves de ellos para mirar estas cosas ?

—Quiero que me sirvan —respondió— *para contemplar el rostro de nuestra celestial Madre María*, cuando con la gracia de Dios sea digno de ir a verla en el Cielo.

Otro día unos compañeros lo llevan a bañarse en el río, pero allí se meten en el agua sin vestido alguno. Cuando él ve aquello, hace propósito de no volver más. Y cuando ellos insisten, él les pone la condición de pedir permiso a los padres. Ha visto que hay un doble peligro : uno para el cuerpo, y otro para el alma. Y a tales baños no volvió.



«¡ CUÁNTO TRABAJAS, PAPAÍTO !»

Tenía un natural exquisitamente sensible. Niño de siete años, cuando por la tarde llegaba su padre fatigado del trabajo, se le echaba al cuello, diciendo :

—¡ Cuánto trabajas, papaíto, para nosotros y cómo te sacrificas ! Pero, tus trabajos no serán inútiles. Nosotros te ayudaremos apenas podamos, y siempre te encomendamos a Dios y a la Santísima Virgen.

Su edad, su inocencia y su misma poca salud le habrían eximido sin duda de hacer penitencias ; pero sabía que difícilmente puede un niño conservar la inocencia sin la penitencia, y este pensamiento le animaba a mortificarse y recoger la vista cuando rezaba en la clase, en el estudio o en el recreo.

En su fervor, se había propuesto ayunar todos los sábados a pan y agua *en honor de la Virgen* ; pero se lo impidió su confesor. Quería ayunar durante la Cuaresma, y también se lo impidió ; porque temía por su delicada salud. ¿Qué hacer, pues ? Viendo que no podía mortificarse en la comida, pensó en mortificarse de otros modos. Durante el invierno se abrigaba poco. En la cama ponía piedrecillas ; y también en los zapatos. Se privaba de gustos y caprichos. *¡ Piensen en Domingo Savio esos niños, siempre mimosos y regalados, que no saben tolerar la más insignificante molestia !*

Mas, la principal penitencia de Domingo era corregir su mismo carácter y vencer sus propios defectos. Porque no se crea que la santidad resultaba fácil para él. De él decía su director, San Juan Bosco : «Domingo sabe moderar lengua y bilis». Se refería, con ello a su genio fácilmente vivo e irascible.

FUERTES ARAÑAZOS

Uno de sus compañeros —más tarde Monseñor F. Vaschetti— cuenta que un día, en el primer año en que estaba Domingo en el colegio, le gastó una broma algo pesada, y el recién llegado se encendió y le dio fuertes arañazos ; pero que después, serenado, lleno de pena, le pidió perdón y le dio satisfacción.

Otro compañero suyo —el doctor Cerrutti —atestigua: «A mí me pareció siempre que el natural de Domingo era irascible, y que esa calma, ese equilibrio, ese dominio de sí mismo que tenía, era efecto del gran esfuerzo y del gran trabajo que sobre sí mismo había realizado».



Y tan grande fue el dominio, que llegó a lo heroico, y lo demuestran hechos como éste: un día reprendió a un sobrino del famoso político Urbano Rattazzi, por una falta grave que había cometido. El chico acostumbrado a la violencia, se revolvió contra Domingo, y lo molió *a coces y a puñetazos*. Domingo hubiera podido volverse contra él, porque era mayor y más fuerte entonces. Se puso rojo

como un tomate; pero se contuvo y se contentó con decirle: «Te perdono; has hecho muy mal. No lo hagas con otros, porque te puede costar caro». Aquel ejemplo de nobleza cristiana debió influir no poco sobre el orgulloso muchacho, porque éste empezó a suavizarse, y a su debido tiempo San Juan Bosco lo devolvió a su familia hecho un verdadero caballero cristiano.

SANTIDAD ALEGRE

Y todo esto realizado con la sonrisa en los labios, con un espíritu de franca alegría. La alegría es, en el sistema educativo de San Juan Bosco, condición esencial de vida y de apostolado.

Santidad y alegría, o «santidad alegre». «¿No sabes —le decía Domingo a un compañero recién llegado al colegio y un poco melancólico— que aquí nosotros hacemos consistir la santidad en *vivir alegres*, en el cumplimiento de nuestros deberes?»

En premio, nuestro Señor se dignó favorecerle con especiales gracias, como éxtasis y visiones.

Un día de comunión no aparece en el salón de estudio, ni en el desayuno, ni en la clase, ni en la comida. Avisan a San Juan Bosco. Y éste lo encuentra arrobado ante el Sagrario, en el trancoro de la iglesia, algo levantado del suelo, después de haberlo buscado inútilmente por toda la casa. Lo llaman, lo



sacude, y al volver Domingo en sí, pregunta: «¿Ya se acabó la Misa?» Por toda respuesta, San Juan Bosco le muestra la hora del reloj. *Eran las dos de la tarde.* El humilde niño pidió perdón por la falta de asistencia a sus deberes. El prudente Director le mandó a tomar un bocado. «Y si alguien —añadió— te pregunta de dónde vienes, le dirás que de cumplir un recado mío.» Así podría disimular ante sus compañeros el retraso motivado por aquel prodigio.

«¡ PRONTO ! PÓNGASE EL SOMBRERO... »

La ciudad es presa del cólera morbo. Se cuentan por miles los enfermos. Mueren cada día a centenares. Llegan a faltar los médicos y enfermeros. San Juan Bosco se pone al servicio de los apestados e invita a sus *selectos* a acompañarlo en la arriesgada y penosa empresa. Les promete, eso sí, que *si se conservan siempre en gracia de Dios, ninguno se contagiará de*

la peste. Los chicos se prodigan como héroes; son enfermeros maravillosos. Hay días en que trabajan hasta 16 y más horas. Uno de ellos es Domingo. ¡Y no tiene sino catorce años!

Una mañana de aquellos días le dice al santo Director: «¡Pronto! Póngase el sombrero y venga conmigo, que se ofrece ocasión de hacer una buena obra». El santo obedece. El discípulo va delante, de prisa. Atraviesan calles y callejuelas. Entra en una casa; sube hasta la buhardilla, llama, y mientras



abre se retira. Aparece una mujer, llorosa y radiante al mismo tiempo, exclamando: «Gracias a Dios que ha venido. Mi marido está moribundo. Tuvo la desgracia de dejarse engañar por los protestantes; pero ahora quiere morir bien y salvarse». San Juan Bosco entra, confiesa al moribundo, recibe su abjuración, pide los Santos Óleos y ayuda a bien morir aquella alma arrepentida.

Al volver a casa el santo director le pregunta quién le había advertido aquella necesidad. El angelical muchacho eleva

la mirada al cielo, y conmovido llora; por lo cual, San Juan Bosco ya no insistió.

¿Y qué decir de su devoción a la Santísima Virgen? Ya hemos indicado algunos pormenores sobre la misma. En la Vida de Domingo que escribió su director hay dos capítulos especialmente, sobre la organización de la «Compañía de la Inmaculada», grupo de muchachos piadosos instituido por Domingo, para honrar a su Reina y Madre, declarada *Inmaculada* por el Papa Pío IX en aquel año de 1854. Domingo escribió su Reglamento nueve meses antes de morir.

UNA TOS OBSTINADA

Mas, aquel cuerpo delicado no puede contener alma tan gigante y ardorosa. Al tercer año del Colegio le había atormentado una tos pertinaz, que presagiaba una grave enfermedad: la tuberculosis. San Juan Bosco consultó a los médicos; éstos acordaron que debía suspender los estudios y regresar a su ho-



gar, junto a sus padres. Para aquellos dos corazones, tan compenetrados, el trance fue muy amargo.

En su pueblo, Mondonio, el médico rural. creyendo que era alguna inflamación, le somete a diez sangrías. Agotado totalmente, calla y sonríe. Pide los Sacramentos. Los recibe. Suplica a su padre que le haga la recomendación del alma y le rece las *Letanías de la Buena Muerte*, que compuso su Director. Al terminarlas de rezar, exclama :

—Papá, ¡ qué cosas más bellas estoy viendo ! La Virgen viene por mí, a buscarme. Cantaré eternamente las alabanzas del Señor.

Y así, santamente muere. Pocos días después se le aparece para decirle que está en el cielo y que ruega por él y por toda la familia. También se le aparece a San Juan Bosco, rodeado de multitud de niños y jóvenes, tremolando una bandera... ¡ Eran los primeros frutos de la gran obra salesiana en el cielo !

II

El acólito mártir de la Eucaristía

(SAN TARSICIO)

Corrían los tiempos del emperador Valeriano, uno de los mayores perseguidores de la Iglesia. En sus sesiones de magia, a Valeriano le habían convencido de que los cristianos eran *los enemigos del Imperio*. Había empezado favoreciéndoles, y terminó declarándoles guerra a muerte. Damas ilustres gemían en el destierro, nobles caballeros trabajaban en las minas, y diariamente rodaban nuevas cabezas de obispos y doctores. La sangre cristiana corría a raudales.

Los fieles vivían atemorizados, aguardando el momento de su detención, ocultos en lo interior de sus casas.

Al amanecer de un día de agosto del año 258, probablemente el día 14 de dicho mes, personas de todas las edades y condiciones, doblando por la derecha de la Vía Alpia, avanzaban cautelosamente en dirección a una inmensa llanura. Iban en pequeños grupos para no llamar la atención, hasta llegar a una especie de caverna, cuya entrada aparecía disimulada por unos arbustos. Después de decir algunas palabras a un hombre que allí vigilaba —algo así como una contraseña—, penetraban en aquella especie de guarida.

¿Qué había en aquel lugar oculto? El cementerio de San Calixto. Los cristianos para celebrar sus reuniones e instruirse en las verdades de la Fe, habían de esconderse. La luz de la verdad solamente podía brillar entonces dentro de las tenebrosas entrañas de la tierra. *Por una ley romana quedaba asegurada la libertad y derecho sagrado de todos los cementerios*. Por esto, los cristianos se aprovechaban del uso de esta ley, aunque no siempre era respetada por los perseguidores. En las tum-

bas de las familias nobles excavaban los sepulcros de los mártires, y a la vez abrían un espacio para tener en él reuniones y celebrar algunas veces los divinos misterios.

GALERÍAS SUBTERRÁNEAS CON SEPULCROS

Había en estas *catacumbas* —que así se llamaban estas galerías subterráneas— unos estrechos y largos corredores o pasadizos, cortados con regularidad y cruzados por otros iguales. Sendas que se tuercen y entrecruzan. Una galería desemboca en otra galería. De cuando en cuando se abre en la pared un hueco donde brilla una lámpara y a cuya mortecina luz se ven los sepulcros de los mártires, abiertos en los muros, con lápidas, inscripciones y pinturas, a saber: el Buen Pastor con una oveja en los hombros, el canastillo lleno de peces y de panes, la orante, el delfín, el áncora, la cruz, el *Orfeo* de la mitología griega amansando a las fieras con su lira, etcétera. Todo esto eran *símbolos* que usaban los cristianos para expresar la figura de Jesucristo.

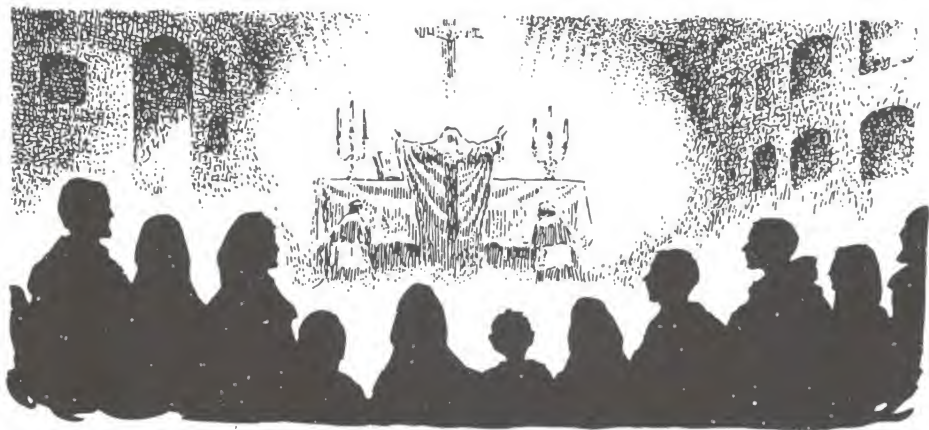


Los sepulcros estaban en forma de nichos, a lo largo de las paredes, colocados unos sobre otros, como las literas de los camarotes en los barcos. En el exterior de estos nichos, sobre una losa de piedra o de ladrillo se leían, escritos en color rojo, los nombres de los difuntos, y debajo, algunas inscripciones que expresaban dulce y re-

signada tristeza y afectuosa memoria, testimonios de la fraternidad cristiana y de la esperanza en la resurrección, tales como: «Duerme en la paz», «La luz eterna brille para ti», «En el sueño de la paz y de la luz, vive en el Señor».

Al final el pasadizo o corredor se veía más iluminado, allí se ensanchaba y aparecía una sala más espaciosa llamada *Triclinium*, donde se celebraban los *ágapes*, que eran una especie

de cenas de hermandad cristiana, donde reinaba sobre todo la mutua caridad. En los muros podían verse pinturas de asuntos de la Sagrada Escritura, y en el fondo una mesa cubierta de blancos lienzo e iluminada por cirios que ardían en candelabros de plata. En esa mesa solía estar sepultado el cuerpo de algún mártir dentro de un arca de mármol que servía de altar cuando en él, en ciertos días, se celebraba la santa Misa.



Junto al altar veíase un anciano, revestido con ornamentos pontificales. Era el Papa Sixto II, llamado «el bueno» y «el pacífico», a quien todos habían designado como sucesor del Pontífice Esteban, ejecutado poco antes por los perseguidores.

¿QUIÉNES ERAN LOS ACÓLITOS?

Entre los que asistían al bondadoso Pontífice en el santo Sacrificio de la Misa estaba Tarsicio, que actuaba de *acólito*.

Mas digamos antes algo sobre los acólitos. Eran los ministros de la santa Iglesia que seguían en orden después de los subdiáconos. Los acólitos estaban especialmente a las órdenes de los obispos, a quienes acompañaban y ayudaban. A ellos se confiaban las cartas que los prelados dirigían a sus iglesias; ellos repartían el pan bendito que, en señal de comunión, enviaban los obispos a los fieles. Finalmente, los acólitos lleva-

ban la Sagrada Eucaristía a las iglesias titulares de Roma, como también a las casas particulares y a las cárceles en tiempo de persecución. El *Orden del Acolitado* era ejercido por aquellos fieles que más se distinguían por su bondad y por sus virtudes.

La Misa que se celebraba en el siglo III era casi igual a la que ahora asistimos; pero entonces todo el pueblo fiel que la oía *tomaba en ella parte activa*. Se cantaban varios salmos de David, se leían algunos trozos del Evangelio y de los Profetas, que el celebrante comentaba ante los fieles en forma de homilía y conversación. Luego el diácono ponía en la mesa el pan y el vino, y el anciano sacerdote empezaba la fórmula de la consagración. Antes de comulgar, los asistentes se besaban y abrazaban mutuamente.

¿HAY ALGUIEN QUE SE SIENTA CON VALOR?

Al terminar la ceremonia, el Papa Sixto, con voz entrecortada por la emoción, dedicó un recuerdo a los cristianos encarcelados que al día siguiente habían de morir despedazados por las fieras en el Coliseo, pidiendo oraciones por ellos para que supiesen soportar el martirio en el momento crítico, y puso fin a su exhortación con estas palabras: «¡Qué valor no les comunicaría en la lucha si pudiesen recibir el sacrosanto cuerpo de Jesucristo! ¿Hay alguien entre vosotros, hijos míos, que se sienta con valor para penetrar en aquellas mazmorras y llevar a nuestros hermanos en la fe el Pan de los fuertes?»

Cien miradas suplicantes se dirigieron hacia él. El momento es de gran expectación. La misión es arriesgada y comprometida. Antes que los ancianos, mujeres o jovencitas cubiertas de blancos velos puedan solicitarlo, el acólito Tarsicio extiende sus manos suplicantes, arrodillándose delante del Pontífice.

—¿Tú te atreves, hijo mío? —le preguntó éste.

—¿Por qué no, Padre? —respondió Tarsicio—. Nadie sospechará de mis pocos años.

Tarsicio recibía todos los días la Sagrada Comunión, de la cual sacaba un ardiente amor al prójimo y una fuerza heroica.



Mas aquel día había comulgado con especial fervor, y hasta le había pedido al Señor la gracia de ser él también mártir. Tenía apenas once años. Todos en la comunidad cristiana de Roma conocían su fe y su piedad. Era un pequeño héroe, incapaz de acobardarse ante la furiosa persecución. Cuando los esbirros imperiales habían penetrado en la catacumba de Lucina, él estaba allí, y sus ojos infantiles presenciaron la trágica y violenta escena de la degollación del Papa Esteban en el mismo momento en que comentaba el Evangelio a los fieles. El altar fue también la mesa del sacrificio de su vida para el augusto celebrante. Las pupilas de Tarsicio retenían aquel espectáculo sangriento, y con su imaginación recordaba la barba blanca del venerable anciano enrojecida en su propia sangre. Pero aquello, lejos de asustarle le había dado aún mayor coraje, y había sido para su alma infantil y generosa una brillante lección para su papel de mártir.

«OS PROMETO MORIR ANTES QUE...»

Al advertirle el celebrante ahora a Tarsicio el peligro a que quedaba expuesto el divino tesoro que iba a confiarle a su custodia, ya que tenía que cruzar las principales calles de Roma, le contestó:

—Os prometo, Padre, que entraré en la prisión quedando

intacto el precioso depósito que me confiáis y que moriré en cumplimiento de mi sagrado deber antes que arrojar el divino manjar de los ángeles a los paganos que quisieran profanarlo.

Una fuerte emoción se apoderó de la devota asamblea de fieles. Las miradas de todos se dirigieron hacia Jesús Sacramentado que iba a depositarse en tan inocentes manos, y todos a una exclamaron en su interior: «Señor, sálvale».

—Bien —dijo el Pontífice—. Aquí tienes, hijo mío, el Cuerpo de Jesucristo. Que sus ángeles te acompañen.

Dichas estas palabras, colocó el Pan sagrado dentro de un coponcito o caja metálica (como solía hacerse siempre que era llevado el Viático a algún enfermo o a los encarcelados en tiempo de persecución) y lo colgó del cuello del adolescente. Tarsicio cruzó con reverencia las manos sobre su corazón purísimo, que se abrasaba en llamas de santo amor al ponerse en contacto con Jesús, mientras su rostro reflejaba un gozo incalculable; y, entre la emoción de los presentes, que de rodillas le contemplaban admirados, salió de las catacumbas.

La distancia que había de recorrer Tarsicio para llegar a la cárcel del Foro, que era la más antigua de Roma y donde ge-



mían muchos cristianos presos entre cadenas y cepos, era algo larga. Había de entrar en la ciudad por la puerta Calpene, y después de haber bordeado las *Termas de Caracalla* había de cruzar la parte más populosa y en la hora de mayor agitación.

Ahora, mientras el sol iluminaba las alturas del Soracte, él caminaba animoso por entre las alamedas del Tíber, sin olvidar por un momento que era portador de Cristo, un *sagrario viviente*. Andaba con paso firme, con la cabeza descubierta y con las manos apretadas sobre el pecho en defensa de su preciado tesoro. Las vías públicas estaban atestadas de gente: muchachos que iban al mercado, esclavos que llevaban los niños a la escuela, campesinos que salían de sus labores diarias. Gentes



que iban a los tribunales, a los templos y a los baños, gente de toda clase. ¿Sería posible que Tarsicio pasase inadvertido, sin llamar la atención de alguien?

Pero él corría sin saludar a nadie; corría gozoso y orgulloso por el gran honor y privilegio singular de llevar a Jesús Sacramentado entre sus infantiles manos. Ya estaba cerca del Foro, y junto al Foro se abría la cárcel. ¡Oh, qué consuelo iba a llevarles a tantos hermanos en la Fe, apresados por odio a Cristo, en vísperas de su martirio! ¡Y este consuelo inmenso

era él quien lo llevaba ! No le cabía en la cabeza a Tarsicio ser tan privilegiado instrumento, portador del mismo Dios sacramentado.

¿QUÉ GUARDAS AQUÍ, TAN ESCONDIDO?

De pronto, una voz aguda pronuncia su nombre. Y se encuentra rodeado de muchachos. Le sonríen, le saludan y le invitan a jugar. Son paganos, de su misma edad, conocidos suyos, a los que les falta un compañero para empezar el juego. Al ver a Tarsicio, cuenta con él para completar el grupo. Por esto, todos le rodean y con gran alborozo le dicen :

—¡ Qué a punto vienes ! Jugarás un rato con nosotros.

Y uno de ellos le tira fuertemente del brazo, para arrastrarlo hacia el centro de la plaza, donde tienen preparado el juego.

El santo acólito se resiste cuanto puede, y con dulces palabras intenta disuadirles, diciéndoles :

—Mirad, amigos : ahora no puede ser. Dejadme que vaya a cumplir un encargo urgente ; en seguida estaré de vuelta, y jugaré con vosotros cuanto queráis.

—¡ Ya irás después !

—Creedme : he de ir ahora mismo. Dejadme, y os prometo que volveré muy pronto.

—Ha de ser ahora, quieras o no.

—Os lo pido por lo que más queráis : ¡ soltadme !

—¡ No hay juegos que valgan !

Y uno por acá y otro por allá, lo sacuden brutalmente, hasta que al darse cuenta ellos de que no emplea las manos para defenderse, les asalta una sospecha, y maltratándole con la mayor crueldad, le preguntan :

—¿ Qué guardas aquí tan escondido ? ¡ Ea ! Separa en seguida los brazos ; queremos ver qué llevas.

Tarsicio, aterrado, quiere echar a correr. Es tarde ; los muchachos le agarran, tiran de él, le empujan y fuerzan a que suelte las manos ; pero él se resiste como un héroe, y a cada intimación para que suelte los brazos responde, mirando al cielo :



—¡Jamás, jamás!

Muy pronto la gritería de los pequeños verdugos llama la atención de los que cruzan la calle. Un numeroso grupo de personas se detiene, y formando corro alrededor de los muchachos, contempla impasible la escena. En esto, alguien que pasa por allí en aquel momento reconoce a Tarsicio como a uno de los niños cristianos, y cuando la gente pregunta qué es lo que pasa, él responde con toda refinada malicia:

—¡Bah! Es *un asno que lleva los misterios*.

Así llamaban los paganos, por burla, a los seguidores de Cristo, es decir, a los cristianos.

LOS BRAZOS CRUZADOS SOBRE EL PECHO

Esto vino a arreciar más la tormenta contra el pobre Tarsicio, víctima de aquel remolino humano. Todos empiezan a gritar como locos y se abalanzan sobre él para separarle los brazos a viva fuerza y arrebatarse lo que lleva escondido entre las manos. Pero, la pobre víctima, en medio del vaivén de los empujones y tirones, con los ojos llorosos y mirando al cielo, va repitiendo sin cesar:

—¡Jamás, jamás! ¡Primero morir, primero morir!

Aquellas bestias feroces, convencidas de que en realidad

era un cristiano que llevaba escondidos los misterios y rabiosas por la resistencia pasiva del heroico muchacho, empezaron a rasgarle sus vestiduras, a darle de coces y empujones y a herirle a garrotazo limpio. Un mozalbete con mayor furia descargó un violento garrotazo sobre la cabeza, y al acto cayó al suelo Tarsicio bañado en su propia sangre, mientras él, soportando todos aquellos brutales golpes, continuaba defendiendo su tesoro. No quiso que unas manos groseras y sacrílegas maltratasen el sagrado Cuerpo del Señor.

«De ninguna manera —dicen las Actas de su martirio— quiso mostrarles los sagrados Misterios.»

Asistido de una fuerza sobrenatural, permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras levantaba el corazón y los ojos a Dios, a quien ofrecía la vida para que se salvase aquel tesoro inestimable.

Antes de darse por vencidos los agresores, y antes de dejar el cuerpo ensangrentado y moribundo de Tarsicio, quisieron separarle los brazos y descubrir el objeto misterioso que les había inducido a martirizarlo de aquel modo. Mas, todo fue inútil: por mucho que se esforzaron, las manos del mártir no pudieron ser separadas. Jesús quiso glorificar así el comportamiento heroico de su atleta y permanecer oculto a los ojos de aquellos miserables, evitando de este modo sus ultrajes.

«LLEVO LA SAGRADA EUCARISTÍA»

Otra versión del suceso refiere que, cuando Tarsicio estaba ya extenuado y bañado en sangre, acertó a pasar por allí el valiente y resuelto Cuadrado, que era centurión de la cohorte romana imperial mandada por Sebastián —más tarde también martirizado y hoy Santo—; y al verle, toda aquella manada de feroces lobos huyeron despavoridos y veloces.

Una vez dispersada aquella turba, Cuadrado se inclina para hablar al acólito mártir, y dulce y compasivamente le pregunta:

—¿Te han hecho mucho daño, Tarsicio?

El pobre moribundo abre los ojos bañados en sangre y lá-

grimas, y responde con débil y agonizante voz:

—No te preocupes de mí, Cuadrado. Pero escucha: *llevo la Sagrada Eucaristía*. A ti, hermano mío, confío este sagrado tesoro.

El bravo centurión, al oír estas palabras, hace una profunda reverencia, y levanta del suelo con doblado respeto el cuerpo del mártir, sagrario viviente de Jesús Sacramentado. En los brazos seguros y amorosos del intrépido soldado, diríase que Tarsicio reposa santamente, con la cabeza llena de heridas y reclinada en la espalda de Cuadrado; pero conservando siempre sus brazos fuertemente cruzados sobre el pecho.

Cuando presentaron la dulce carga ante el Pontífice Sixto II, le dijeron el grupo de cristianos que escoltaban aquella pequeña procesión funeraria:

—Padre, he aquí, junto con el cuerpo muerto de Tarsicio, el Cuerpo vivo de Jesucristo, que él ha salvado intacto a costa de su vida.

HABÍA CUMPLIDO SU PALABRA

Ahora, muerto, el acólito Tarsicio le parecía al santo pontífice más angelical aún que cuando, arrodillado a sus pies apenas hacía una hora, le pedía el favor de llevar el santo Viático a los presos.

El buen Pontífice se arrodilló delante del glorioso mártir, separó con facilidad aquellos brazos que hasta entonces habían permanecido inmóviles, apartó la túnica rasgada y empapada en sangre, sacó el relicario con el *Pan consagrado* que contenía, y levantando al cielo sus ojos llorosos de emoción, exclamó:

—Señor, a Ti que eres admirable en tus Santos, sea aceptable el sacrificio de esta víctima inocente.





Tarsicio acababa de cumplir su palabra. Murió antes que entregar a los enemigos el precioso tesoro que le habían confiado. Desde aquel momento, en recompensa de su proceder heroico, puede contemplar en el cielo con todo el resplandor de su gloria a aquel Jesús que, milagrosamente, se hizo invisible a los ojos de sus enemigos.

Con el respeto que merece el cuerpo de un mártir, los cristianos, después de embalsamar el cadáver y de envolverlo en un blanco lienzo, lo sepultaron junto a la tumba del Papa San Severino, cerca también de la virgen Santa Cecilia y del Pontífice Urbano, en la catacumba de San Calixto, la más famosa de todas, cuya entrada se abría entre viñas y jardines y monumentos sepulcrales al lado de la Vía Apia.

Los cristianos supieron guardar con amor los sagrados despojos; y un día, cuando pasó la era de las persecuciones, los sacaron a la luz del día, los pusieron bajo un altar de mármol, y, entre huertos floridos, erigieron en su honor un Oratorio. Allí le visitaron durante siglos los peregrinos y devotos, leyendo con admiración estos versos que el Pontífice español, San Dámaso, mandó poner en el túmulo, y que traducidos dicen:

*Queriendo a San Tarsicio almas brutales
de Cristo el Sacramento arrebatat,
su tierna vida prefirió entregar
antes que los Misterios celestiales.*

* * *

Para nosotros todos es una vibrante y estimuladora lección el ejemplo valiente de Tarsicio. También nosotros hemos de tener la fortaleza suficiente para convertirnos en defensores de Jesús Sacramentado, hoy tan ultrajado por las blasfemias e iniquidades de los hombres, y para confundir a los que lo profanan con sus irreverencias. La *comunión frecuente* será la mejor fuente de energía para esa defensa.



III

El lirio de Polonia

(SAN ESTANISLAO DE KOSTKA)

Allá en el principado de Masovia, en el reino de Polonia, en los alrededores de la parroquia de Prastnitz, todo era fiesta y regocijo a últimos del mes de octubre del año 1550. Estaban bautizando al segundo de los hijos de la nobilísima familia Kostka, una de las más poderosas y ricas de Polonia.

Tuvo entonces el padrino —que lo era el noble Radzanowski— la feliz idea de presentar al recién bautizado, ESTANISLAO, a Jesús Sacramentado dejándolo unos momentos sobre las gradas del altar. Entre los arrullos de querubines y aletear de angelitos, el Señor debió de sonreír y aceptar la ofrenda.

De allí lo devolvieron al señorial castillo de Rostkow, para entregarlo a su madre la condesa Margarita Kristka, quien con todo cuidado y cariño maternal empezó a infiltrar en aquel corazóncito los delicados y sublimes sentimientos, propios de un alma hermoseedada con la gracia de Dios. Bien cuidaba tan cristiana madre que todo cuanto vieran sus inocentes ojitos fuese santo, y que santas fuesen las palabras y conversaciones que oyese. Así, las primeras palabras de aquellos labios tan puros habrían de ser *Jesús* y *María*. Cuando supo recitar el *Avemaría*, lo hacía con tal devoción que encantaba a cuantos le escuchaban. A menudo durante las noches se levantaba a escondidas para arrodillarse y encomendarse a Dios.



No es, pues, de extrañar que, creciendo en tal ambiente y piedad, ya a los cinco años consagrarse con voto su virginidad a la Santísima Virgen. Todos le llamaban *ángel* y *santito*; pues unía a su piedad la mortificación, que a muchos moradores del palacio de Rostkow parecía excesiva.

Así, por ejemplo, como en aquellos países de Polonia suele ser muy intenso el frío, sobre todo en el rigor del invierno, pusieronle unos guantes en las manos del pequeño Estanislao para que no lo sintiera tanto; pero el niño, para mortificarse, se los quitaba a escondidas, a fin de no perder una ocasión de padecer algo por Nuestro Señor.

De la educación paterna declaraba más tarde su hermano Pablo en los procesos de Cracovia, lo siguiente: «Nuestros padres querían que fuésemos valientes defensores de la Religión católica, que nos instruyésemos en los dogmas de la fe y que nunca nos entregásemos a los placeres. Tratábanos más bien con rigor y severidad, y nos incitaban siempre a toda piedad, modestia y templanza, no sólo con su buen ejemplo sino procurando también que nos lo diera toda la servidumbre del palacio. Todos tenían, empero, permiso para avisarnos de nuestras obligaciones y corregirnos de nuestras faltas; a todos reverenciábamos como señores, y de todos éramos entrañablemente queridos».

DESMAYADO, CAÍA POR TIERRA

Un anciano testigo declaraba que «aun siendo muy niño, era Estanislao tan modesto y devoto y se veía en él tanta virtud que maravillados sus padres le tenían en grande opinión, y nosotros —dice— desde entonces concebimos la más alta esperanza sobre su santidad».

Su mismo ayo, don Juan Bilinski, a quien se había confiado su educación, reconocía que antes aprendía de él que tenía necesidad de corregirle y enseñarle en la piedad.

Tan delicado era su corazón y tanta su inocencia de ángel que si por descuido se deslizaban en su presencia algunas palabras inconvenientes, aun sin entender el sentido de ellas, en

seguida se teñían sus mejillas de carmín, levantaba sus ojitos al cielo, y desmayado caía por los suelos. Esto motivó a su cristiano padre, el senador don Juan de Kostka, comandante de Zakrotzin, a mirar por Estanislao cuidadosamente, y a prohibir que delante de él se dijese tales palabras.

Tranquilos deslizábanse en el castillo de Rostkow los días de su infancia al lado de sus padres y hermanos; pero llegaba a toda prisa el momento en que tanto él como su hermano Pablo habían de dejar el abrigado seno familiar. Allí habían aprendido los primeros rudimentos de gramática; pero, dado que en Polonia no se hallaban entonces centros de enseñanza que satisficiesen las nobles aspiraciones que sobre sus hijos tenía don Juan de Kostka, pensó en enviarlos al colegio imperial que los Padres Jesuitas habían fundado en Viena, para que allí se educasen en virtud y letras. Grande fue la pena de sus padres



y hermanos al verlos partir, despidiéndoles con más lágrimas que palabras. ¡Quién había de decirles que nunca jamás volverían a ver a Estanislao!

Tenía entonces trece años.

EN LA CAPITAL DEL IMPERIO

Tras un feliz viaje, llegaban a Viena el 24 de julio de 1564 (acompañados de su ayo Bilinski) cuatro jovencitos polacos, siendo muy bien recibidos y agasajados en el Colegio de los Padres Jesuitas, que había fundado el emperador Ferdinando I para que fuese baluarte del catolicismo contra la herejía y plantel fecundo de jóvenes fervorosos de las principales familias de Austria y naciones vecinas.

Entre sus compañeros de estudios, unos llegaron a obispos y cardenales, y otros a cancilleres y gobernantes. Uno de ellos, Antonio Mier, más tarde limosnero de la emperatriz María de Austria, dirá luego: «Acuérdome mucho de mi querido y santo Estanislao: juntos vivíamos en Viena y nos dedicábamos a unos mismos estudios. Apenas llegó al colegio fue mirado con el respeto y veneración con que se mira a los santos; porque, aunque era de tierna edad, en todo su proceder parecía un hombre de edad madura. En el recato de la vista y en todo su porte exterior se traslucía y dibujaba claramente la inocencia y la limpieza de su alma pura. Por esto le queríamos todos tan de corazón».

Luego que llegó al Colegio pidió ser admitido en la Congregación de la Santísima Virgen, que allí había, y poco después eligió confesor fijo, prudente y santo con quien comunicar las cosas de su alma; porque sabía que siempre es cosa buenísima para un joven contar con un amigo fiel, experto y desinteresado que le aconseje en el camino de la vida.

Los congregantes le miraban como a un ángel queridísimo de la Virgen María. Un día mientras cantaban la *Salve* le vieron arrobado y suspenso en el aire, despidiendo de su rostro suavísimos rayos de luz. Todos, al verlo, exclamaron: «Es un santo, es un santo». Cuando luego Estanislao volvió en sí, al darse cuenta de que sus compañeros se habían dado cuenta de su arrobamiento le salieron los colores a la cara, quedando con mayor desprecio de sí mismo y más estima de los demás y delicadeza en su trato.



¡Cuán simpática es la figura de Estanislao en esa edad, aplicado estudiante, humilde, favorecido del cielo, venerado y estimado de sus compañeros! ¿No te gustaría que los tuyos dijieran de ti que eres OTRO ESTANISLAO?

EN CASA DE UN HEREJE

Mas, si todos querían a Estanislao, uno había en cambio que por envidia le miraba con recelo y menosprecio: era su propio hermano Pablo. Cuando murió el católico Emperador Ferdinando, su hijo Maximiliano no heredó con la corona los mismos sentimientos que tenía su padre para con los Jesuitas, y allá por el mes de marzo de 1565 tuvieron que abandonar el edificio donde moraban tantos jóvenes selectos de las mejores familias del Imperio. La desbandada fue general, y Pablo —de-seoso de una mayor libertad y soltura— buscó refugio en el lujoso palacio de un protestante, y allí obligó a vivir a su hermano Estanislao, sin ningún miramiento a su fe y a su virtud.

¡Pobre Estanislao, verse en casa de herejes, y encima reñido siempre por su hermano Pablo, por su ayo Bilinski y todos los demás! ¡Sus padres que le habían enviado a Viena, tan lejos, precisamente para salvarle de la herejía!

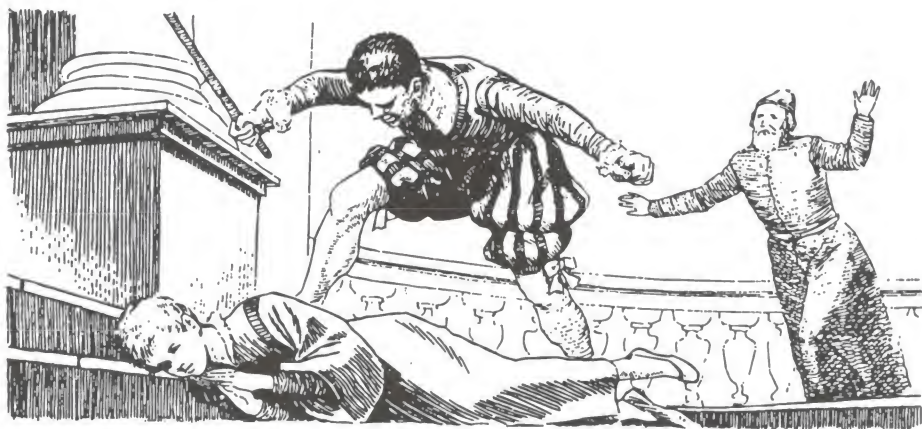
Además, las conversaciones que allí oía, sin poderlo evitar, eran siempre contra lo que él más amaba: contra la Eucaristía y contra la Madre de Dios. ¡Y cuánta pena había de sentir

al ver que aquellos a quienes más amaba —como su hermano y su ayo—, iban cediendo *cobardemente* día tras día en puntos tan capitales de la Religión. A pesar de sus quince años, Estanislao seguía amable, candoroso, sufrido, como roca inconmovible, resistiendo los embates y oleadas que caían sobre él para que abandonase su fe y se entregase a los vicios y placeres.

Pero, cuanto más edificante y ejemplar era su conducta, tanto más se exasperaba su hermano Pablo, que lo tomaba como una silenciosa reprensión de su perverso comportamiento. Si quería ir a comulgar, su hermano se lo impedía, teniendo que hacerlo muy de mañanita, sin que se enterase. Si era sobrio en el comer y se retiraba a estudiar, le censuraba de melindroso y descortés.

GOLPES Y PALIZAS

Cada día que pasaba arreciaba la tormenta. Halagos, promesas, burlas, persuasiones falsas, máximas perversas, todo se empleó para vencer aquel pequeño héroe, tanto más admirable cuanto de más cortos años. Estanislao triunfaba... pero a costa de golpes, empujones, injurias, gritos soeces. No era raro verle tendido en el suelo, y a Pablo, hecho una furia, poner sus manos en él, cocearle horrorosamente con los pies, y tomando



un recio palo golpearle con saña hasta saciarse o sentirse rendido de cansancio.

Acudían a veces el ayo y criados, y comenzando por reprender los arrebatos del hermano mayor, acababan por echar a Estanislao toda la culpa, llamándole orgulloso y desobediente, que les quería enseñar a ser buenos cristianos cuando aún no había empezado a obedecer. Que no estaba reñida la virtud con el buen humor, y que aquella casa no había de ser un convento sino una reunión de muy alegres jóvenes, amigos de toda clase de placeres y diversiones mundanas, gozando de la vida como ellos hacían. Callaba el santo mártir ante estas necedades, y decía con sencillez para sus adentros que «él no había nacido para las cosas de este mundo sino para las del cielo», y lo ofrecía todo por Dios.

LA COMUNIÓN DE MANOS DE LOS ÁNGELES

Tantos malos tratos y tanto sufrimiento interno habían de hacer honda mella en Estanislao, y así efectivamente vino a caer enfermo, y de mucho cuidado.

El médico, que por suerte era hombre católico, avisó que había llegado la hora de administrar al jovencito los santos Sacramentos. Asustáronse entonces Pablo y el ayo; pero temieron por una parte disgustar al hereje dueño del palacio que moraban, y por otra, si no accedían, disgustar también a Estanislao y acabar de provocarle la muerte en aquellos gravísimos momentos de su delicada enfermedad.

Por fin, con indecible cobardía se resolvieron a dejar morir a Estanislao sin darle aquel último consuelo de recibir a su Jesús, a quien tanto amaba y por quien tanto había sufrido. Mas, él que no se dejaba engañar con esos disimulos, viendo cerradas las puertas de la tierra llamó a las del cielo, que siempre había hallado abiertas y propicias a sus ruegos. Acudió entonces con fervorosa oración a la Santísima Virgen y a Santa Bárbara, Patrona de la Congregación mariana de su añorado colegio. Lo que pasó luego, lo reveló su mismo ayo Bilinski años más tarde en el proceso del Santo: «Estaba yo velándole, cuan-

do se me vuelve Estanislao y transfigurado me dice: *Arrodillaos, arrodillaos, que entra Santa Bárbara con dos ángeles trayéndome la Comunión*. Y dicho esto, se quedó en una posición tan reverente que me conmovió. Esto lo vi, y lo sentí yo, y estoy bien cierto que él no desvariaba».



¡Gracia y favor singularísimo del cielo, que el mismo santo confidencialmente reveló a un compañero suyo de noviciado en Roma años más tarde! «Aparecieron dos ángeles en mi habitación, junto con Santa Bárbara, y yo comulgué con gran júbilo de mi corazón!» ¿No lo merecía acaso aquella alma angelical y pura?

DEJÓLE EN SUS BRAZOS AL NIÑO JESÚS

El curso de la enfermedad seguía agravándose, y Estanislao se moría. Mas he aquí que mientras dormían los que le velaban (pues ya llevaban muchas noches en vela y el sueño